

La movilización total

1

Al espíritu heroico le repugna tener que buscar una imagen de la guerra allí donde la actividad humana ejerce todavía su control. Porque, bien entendida, la forma pura de la guerra sufre, a través de la geografía y de la historia humanas, transformaciones múltiples y se vale de máscaras variadas que ofrecen al heroísmo un espectáculo fascinante.

Este espectáculo hace pensar en los volcanes que escupen el mismo tipo de lava, mientras que las regiones en donde se desarrolla su actividad telúrica son muy diferentes. Haber participado en una guerra no deja de tener una analogía con el hecho de encontrarse en la zona amenazada de una de estas montañas regurgitadoras de fuego –así, el Hekla de Islandia es muy diferente al Vesubio que domina el bajo Nápoles. Pero la diversidad de los paisajes se desvanece en la medida en que uno se aproxima a las fauces ardientes del cráter; allí donde hace erupción la pasión en el sentido propio del término, es decir, en la lucha directa e inmediata por la vida, resulta secundario conocer los datos del combate, las ideas que lo justifican, así como el siglo y el tipo de armas utilizadas. Tal no es el objeto del presente ensayo.

Intentaremos, antes aún, reunir un cierto número de hechos que distinguen a la última guerra –nuestra guerra, que es el suceso más considerable y decisivo de nuestra época– de todas las demás cuya historia nos ha sido transmitida.

2

La mejor manera de resaltar el carácter específico de esta gran catástrofe consiste, quizá, en mostrar que fue en ella que el genio de la guerra y el espíritu del progreso tuvieron la ocasión de concluir una alianza estrecha. Esto no sólo es válido para la lucha entre naciones sino también para la guerra civil que en muchos de esos países obtuvo una segunda y abun-

dante cosecha. Existe entre estos dos fenómenos, la guerra mundial y la revolución mundial, una interrelación más profunda que no aparece a primera vista; se trata de dos vertientes de un mismo acontecimiento de envergadura cósmica que, bajo cierta óptica, son correlativos uno del otro en lo que concierne a sus orígenes y a la manera en que aparecieron.

La naturaleza fulgurante y de coloraciones variadas que se disimula bajo la engañosa noción de “progreso”, sin duda reserva para nuestra reflexión extraños descubrimientos. Nuestra actitud actual respecto del progreso, y que nos inclina a darle la mejor acogida, ciertamente se encuentra en un nivel demasiado elemental. Por cierto, en lo que se refiere a tal actitud, podemos recordar el significativo estado espiritual del siglo XIX que había sido fundado para mantener auténticamente la noción de progreso –pero, de cara al gusto general, la repulsión que provoca la insulsez y la uniformidad que se nos impone, se suscita una sospecha: las razones que están en el principio de los resultados del progreso ¿no tienen en verdad otro sentido? A final de cuentas, la misma actividad de asimilación está dirigida por la potencia de una vida mejor e inexplicable. Hoy no faltan los argumentos que permitirían confirmar que el progreso no es *progresivo*; pero indudablemente, es más decisivo preguntar si su sentido verdadero y más secreto no es de otro orden, si no se oculta, para disimular todavía mejor, en la máscara en apariencia más transparente de la razón.

Ahora bien, la seguridad con la cual, y esto es significativo, algunos movimientos del progreso conducen a resultados contrarios –y de cuyas intenciones son tendencias–, hacen igualmente presentir que aquí se imponen, como en el mundo de la vida, menos este tipo de intenciones que otros resortes que son más secretos. La inteligencia no ha acertado a distraerse del progreso simplemente desconfiando, como si se tratara de marionetas de madera; pero los hilos tenues que las hacen moverse permanecen invisibles.

¿Queremos instruirnos sobre la estructura de estas marionetas? No encontraremos guía más agradable que la novela de Flaubert *Bouvard et Pécuchet*. Pero si estamos más interesados en los alcances de sus movimientos secretos, en lo que apela más a la intuición que a la comprobación, Pascal y Hamann¹

Este ensayo fue publicado por primera vez en 1930, en la obra colectiva editada bajo la dirección del autor, *Krieg und Krieger*. La presente traducción está tomada de *Die Totale Mobilmachung*, que figura en el tomo V de sus obras completas: E. Jünger, *Werke*, Ernst Klett Verlag, Stuttgart, 1960, t. V pp. 123-147. Para esta versión se utilizaron también las notas de la edición francesa de Marc B. de Launay; cfr. E. Jünger, *L'état universel*, suivi de *La mobilisation totale*; trad. de Henri Plard y Marc B. de Launay; Collection Tel, n. 159; París, Gallimard, 1990, pp. 95-141.

¹ J. G. Hamann (1730-1788), el “mago del Norte”, opone a Kant un pensamiento sólidamente marcado por el misticismo; Goethe y Herder le tuvieron

ofrecen a nuestra curiosidad numerosos pasajes de los que podremos sacar provecho.

“También los productos de nuestra imaginación, nuestros fantasmas, las *fallaciae opticae* y los sofismas se cuentan entre las figuras del reino divino.” Con frecuencia se encuentran frases de este género en Hamann; testimonian el sesgo de un espíritu que busca incluir en la órbita de la alquimia los esfuerzos de la química. Dejemos allí el problema topológico que atribuye a determinada disciplina la ilusión óptica constituida por el progreso, porque nos estamos dirigiendo a un lector del siglo XX y nuestro ensayo no pertenece al género de la demonología. Una cosa sí es segura: sólo la fuerza de un culto, sólo una *fe*, puede advertir la audacia necesaria para abrir sobre el infinito la perspectiva finalista de la utilidad. Y además, ¿quién dudaría que el progreso haya sido la más grande Iglesia popular del siglo XIX —la única que puede vanagloriarse de una autoridad real y de un *credo* a salvo de toda crítica?

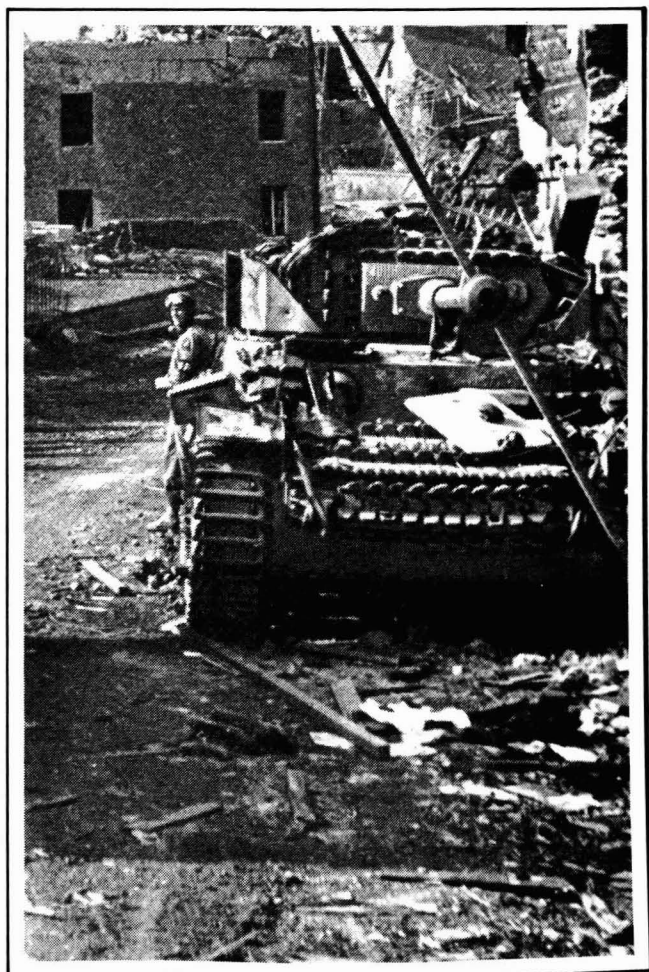
3

Tomando en cuenta la civilización en cuyo seno fue declarada esta guerra, la relación que cada una de las partes beligerantes tenía con el progreso jugaba un papel decisivo. Es dicha relación la que realmente permite buscar el resorte moral de nuestra época: su radiación sutil e imponderable supera incluso la potencia de los ejércitos más fuertes, dotados del material de destrucción más reciente producido por esta era maquinista, razón por la cual también se está en posibilidad de reclutar a las tropas hasta en el campo de los adversarios.

Para comprender mejor este proceso, introducimos aquí el concepto de *movilización total*: después de largo tiempo, las épocas cumplen su ciclo y es necesario enviar al combate a centenares de miles de sujetos a los que se reclutaba y que, a su vez, confiaban en un mundo seguro —es un poco lo que describe Voltaire en su *Cándido*— y entonces, si Su Majestad perdía una batalla, el primer deber civil consistía en mantener la calma. Pero todavía en el curso de la segunda mitad del siglo XIX, los gabinetes conservadores podían preparar una guerra, llevarla a cabo y ganarla con la indiferencia, o a pesar del rechazo, de las instancias que representaban a la población. Esto suponía una relación estrecha entre la Corona y el ejército, cuyo nuevo sistema del servicio militar obligatorio para todos representaba solamente una variante superficial, porque la médula de esta relación sugería todavía al mundo patriarcal. Esto igualmente implicaba cierta previsión en los equipos y los costos, y aunque la guerra representa un gasto ciertamente extraordinario pero nunca ilimitado, se hace contando con las fuerzas y los medios disponibles. Es en este sentido que incluso una movilización general aparece como una medida parcial.

Esta movilización no se justifica por la sola limitación impuesta al volumen de los medios utilizados, sino se trata al mismo tiempo del efecto de una razón de Estado particular.

El Monarca posee un instinto natural que lo pone en guardia y le impide derrochar los bienes de su casa. Hacer fundir su tesoro le parece más impensable que acordar un crédito para su Parlamento. Así, al tornarse decisiva una batalla, se salvaría mejor su propia guardia que a un contingente de voluntarios. En Prusia, este instinto aún estuvo vivo hasta finales del siglo XIX y emerge, entre otros aspectos, en la lucha sostenida posteriormente para mantener el servicio militar de tres años puesto que, desde el punto de vista de la casa imperial, es en las tropas cuyo servicio militar ha sido más largo en quienes se puede tener confianza, mientras que un servicio militar de corta duración es característico de los ejércitos de voluntarios. Sucede con frecuencia que nos sorprendamos porque se tenga que renunciar al progreso —lo que es casi incomprensible para los espíritus contemporáneos— así como al perfeccionamiento del equipo militar, pero estas dubitaciones tienen su trasfondo. Cada mejoramiento de las armas de fuego, y en particular la extensión de su alcance, constituye un atentado indirecto al régimen de la monarquía absoluta. Cada una de estas mejoras entraña necesariamente el fin correlativo del tirador individual, mientras que la salva simboliza el poder centralizado de mando. Todavía para Guillermo I eran desagradables las manifestaciones de entusiasmo, pues su fuente es similar a la de Eolo, que solamente encierra una tempestad de aplausos. La verdadera piedra de toque de un poder no es que conforme un triunfo más o menos grandioso, sino que sepa perder una guerra.



reconocimiento por encontrarse en el origen del movimiento prerromántico en Alemania, es decir, en el origen del *Sturm und Drang*.

La movilización parcial responde entonces a la esencia de la monarquía, que supera sus propios límites en la medida en que se ve obligada a admitir el aprovisionamiento, dentro del equipo militar, de esas formaciones abstractas que son la inteligencia, el dinero, el "pueblo", en suma, las fuerzas de la naciente democracia nacional. Una mirada retrospectiva nos permite comprender hoy que era imposible renunciar por completo a tal colaboración. Por otra parte, su incorporación representa la médula central del arte de gobernar del siglo XIX. Es en este contexto específico que se dilucida la fórmula de Bismarck: "La política es el arte de lo posible".

En lo sucesivo, se puede seguir la evolución del acto de movilización cuyo decurso reviste un carácter siempre más radical de manera que, en una medida creciente, toda la existencia es convertida en energía, mientras que las comunicaciones experimentan una gran aceleración en provecho de la movilización misma; no obstante que en muchos países decretar la movilización era, a pesar de que la guerra hubiera estallado, un derecho exclusivo e imprescriptible de la Corona. Los fenómenos que dirigen este nuevo estado son, de hecho, de naturaleza diversa.

El eclipsamiento de los Estados y la reducción de los privilegios de la nobleza entrañaban la desaparición de la noción de casta guerrera; de esta forma, la defensa armada del país no constituye ya una obligación y se convierte en el privilegio de los soldados de profesión, se vuelve tarea de quienes son capaces de portar las armas. Además, el enorme aumento de gastos de equipo hace imposible que un tesoro de guerra, con un crecimiento limitado, puede hacer frente a los gastos que implica la conducción de las hostilidades; ello requiere, por el contrario, que se utilicen todos los créditos y que se requiese hasta el menor céntimo ahorrado para mantener la maquinaria puesta en marcha. Por lo mismo, la imagen de la guerra que la representa como una acción armada, se difumina gradualmente en favor de una representación más amplia que la concibe como un gigantesco proceso de trabajo.

Al lado de los ejércitos que se enfrentan en el campo de batalla, surgen ejércitos de un género novedoso: el ejército encargado de las comunicaciones, el que se responsabiliza del avituallamiento, el que toma a su cargo la industria del equipo —el ejército del trabajo en general. En la fase terminal de esta evolución, que ya corresponde al final de la Primera Guerra Mundial, no existe ninguna actividad —así se trate de una empleada doméstica trabajando en su máquina de coser— que no sea una producción destinada, al menos indirectamente, a la economía de guerra. La explotación total de la energía potencial, y cuyo ejemplo se ve en los talleres de Vulcano contruidos en los Estados industriales en guerra, revela sin duda, de la manera más sobresaliente, que nos encontramos en el alba de la era del Trabajador², y esta requisición radical

hace de la guerra mundial un suceso histórico que supera en importancia a la Revolución Francesa. Un despliegue de energías de tal amplitud, porque no basta equipar solamente a los que combaten, hace necesario que se reorganice desde el mercado municipal hasta el nervio de la actividad más tenue; ésa es la tarea de la movilización total, que modifica con un solo gesto la estructura de la división del trabajo, y extiende más la red de la vida moderna, de por sí compleja y ramificada a través de múltiples conexiones, sobre esta línea de alta tensión que es la actividad militar.

El entendimiento no podría haber previsto, en el principio de la guerra, una movilización de esta magnitud. No obstante, ciertas medidas sin conexión entre sí fueron los signos que la anticiparon: el gran contingente de voluntarios y reservistas enrolados desde el principio de las hostilidades; las prohibiciones a las exportaciones; las prescripciones de la censura; las transformaciones en el valor de las monedas. En el transcurso de la guerra, la lógica de este proceso no hizo más que ganar en coherencia. Citemos, por ejemplo, el racionamiento planificado de las materias primas y de los productos alimenticios; la transformación de las relaciones de trabajo en relaciones de tipo militar; la creación del servicio civil; el hecho de dotar a los buques mercantes de armamento militar; la inimaginable extensión de las competencias de los Estados mayores; el "programa Hindenburg"³; la lucha emprendida por Ludendorff para reunir bajo una sola autoridad al ejecutivo político y al ejecutivo militar.

A pesar de los espectáculos tan grandiosos como espeluznantes de las últimas batallas materiales, y en donde los hombres han podido asistir al triunfo sangriento de su talento de organización, las posibilidades últimas todavía no han sido alcanzadas; incluso si se toma la vertiente técnica de este proceso, tales posibilidades solamente se pueden lograr a partir del momento en que el orden militar impone su modelo al orden público del estado de paz. Así podemos observar hasta qué punto, en los Estados de la posguerra, los nuevos métodos de organización y de producción de armamento ya conforman un modelo de movilización total.

Tomemos, a título de ejemplo, ciertos fenómenos como la restricción creciente de la "libertad individual", aunque ciertamente, y desde su origen, tal reivindicación ha sido problemática. Tal cuestión, cuya finalidad es hacer desaparecer todo lo que no estaría en la rueda del Estado, es efectiva en

grados al mismo problema por la Escuela de Francfort hacia finales de la década de 1930 y aún en la actualidad (cfr. M. Horkheimer, *Théorie traditionnelle et théorie critique*, París, Gallimard, 1974, trad. de C. Maillard y S. Muller, y cuya primera edición alemana data de 1937, así como el *Eclipse de la Raison*, París, Payot, 1974, y cuya primera edición inglesa es de 1947; véase igualmente J. Habermas, *La technique et la science comme "idéologie"*, París, Gallimard, 1975, trad. y pref. de J. R. Ladmiral). Por otra parte, y esto atestigua mejor la proximidad entre E. Jünger y M. Heidegger, recordemos que Jünger le dedica su ensayo *Über die Linie*, 1950; por reciprocidad, Heidegger da cuenta de ello (cfr. *Questions I*, París, Gallimard, 1968, bajo el título "Contribución a la cuestión del ser").

³ Imbuido por "la idea fundamental del servicio universal obligatorio", el "programa Hindenburg" de 1916 implicaba, para utilizar los mismos términos de Ludendorff, "el enrolamiento del pueblo entero al servicio de la economía de guerra".

² Es el título de una obra capital de E. Jünger, *Der Arbeiter. Herrschaft und Gestalt*, 1932, y cuya traducción española de Andrés Sánchez Pascual acaba de aparecer. Cfr. E. Jünger, 349 pp. Es efectivamente en el contexto más general de las reflexiones heideggerianas sobre la técnica (cfr. entre otros ensayos de Heidegger sobre este tema *Die Technik und Die Kehre*, Tübingen, Neske Pfullingen, 1962, así como sus *Essais et conférences*, París, Gallimard, 1958) que puede ubicarse el ensayo de Jünger, no sin dejar de mencionar los desarrollos consa-



la Unión Soviética y en Italia sobre todo, pero también entre nosotros, y es posible apreciarlo en todos los países que pretenden jugar un papel en la escena internacional y que se verán obligados a radicalizar estas restricciones si quieren estar a tiempo para desencadenar fuerzas de un género nuevo. Otros fenómenos dan testimonio de esta evolución: hemos visto aparecer en Francia una nueva manera de apreciar las relaciones de fuerza bajo el ángulo de la *énergie potentielle*⁴, y en América se da el ejemplo de una colaboración, iniciada desde tiempos de paz, entre Estados mayores e industria. Algunas cuestiones tocan el corazón mismo del problema del equipamiento, y en Alemania la literatura de guerra se enseña con la finalidad de obligar a la opinión pública a que dirija su atención a juicios aparentemente retrospectivos, pero en realidad de mayor envergadura, concernientes al futuro de los problemas militares. En la Unión Soviética, el "plan quinquenal" ha ofrecido al mundo la primer tentativa de coordinación de todos los esfuerzos de un gran imperio para hacerlos converger en una perspectiva única. A este respecto, es interesante confirmar cómo se ha subvertido el pensamiento económico. La "economía planificada", consecuencia última de la democracia, desborda su propio marco para convertirse esencialmente en un desplazamiento de fuerza. Esta mutación está en marcha en diversos fenómenos de nuestra época, y la poderosa presión de las masas termina por cristalizarla.

⁴ En francés en el texto original.

Pero no sólo la defensa, sino también el ataque reclama esfuerzos extraordinarios, y quizá es allí donde se diseña más nítidamente el esquema que pesa sobre el conjunto del mundo. Al igual que la vida porta en sí el germen de su muerte, este fenómeno nuevo constituido por las grandes masas implica una suerte de democratización de la muerte. Ya hemos dejado atrás la era del tiro artero. El jefe de la escuadrilla que en las alturas de la noche da la orden de bombardear, no está en posibilidad de distinguir a los combatientes de los no combatientes, al igual que las nubes de gas mortífero se esparcen sobre todo lo que vive con la misma indiferencia de un fenómeno meteorológico. El hecho de que tales amenazas sean posibles supone una movilización que no sea ni parcial ni general, sino más bien total, e incluye por igual al niño de cuna, ya que él se encuentra amenazado tanto como el resto del mundo, y más que ningún otro.

Podríamos extendernos más, pero es suficiente considerar, para la suerte reservada a esta existencia que es la nuestra, el desencadenamiento total y la disciplina despiadada a cuyo influjo se encuentra sometida: regiones enteras anegadas por el humo e iluminadas por el relumbrar de los metales; la física y la metafísica del cambio; los motores, los aviones; las metrópolis en donde se hacían millones de seres; nos daremos cuenta entonces, no sin antes tener un sentimiento de pavor mezclado de azoro, que no existe ni un átomo que sea *ajeno al trabajo* y que nosotros nos encontramos, en el nivel más profundo, consagrados a este proceso frenético. La movilización

total cumplirá los objetivos que necesita para realizarse porque es, tanto en tiempos de paz como en tiempos de guerra, la expresión de una exigencia secreta y apremiante a la que estamos sometidos en esta era de las masas y de las máquinas. Cada existencia individual se convierte entonces, sin que haya lugar al menor equívoco por largo tiempo, en una existencia de *Trabajador*; a la guerra de los caballeros, de los soberanos y a la de los burgueses le sucede la guerra de los trabajadores –y la primer gran confrontación del siglo XX nos ha permitido atisbar lo que será su estructura racional y su carácter despiadado.

4

No hemos hecho más que destacar el aspecto técnico de la movilización total. Es necesario seguir su perfeccionamiento desde los primeros reclutamientos en masa ordenados por la Convención, y la reorganización del ejército por Scharnhorst⁵, hasta los dinámicos programas de equipamiento de los últimos años de la guerra, gracias a los cuales los países se transformaron en gigantescas fábricas de armamento en cadena, con la finalidad de ser capaces, en turnos de veinticuatro horas por veinticuatro, de enviarlos al frente, allí donde un proceso sangriento de consumación, completamente mecanizado, jugaba el papel de mercado. Por más impactado que pueda estar el sentimiento heroico –del que justamente hablábamos al principio de este texto– debido a la monotonía de este espectáculo, y que recuerda al funcionamiento preciso de una turbina alimentada por la sangre humana, su contenido simbólico no está, sin embargo, errado: se trata de la manifestación, en el mundo guerrero, de una consecuencia directa de la época en que vivimos; es ésa su brutal rúbrica.

Sin embargo, la vertiente técnica de la movilización total no constituye su aspecto decisivo. Su precondition, como lo supone toda técnica, está, por el contrario, profundamente oculto: lo definimos aquí como la *disponibilidad* para ser movilizad. Esta disponibilidad está presente en todos los países, y la guerra mundial fue una de las contiendas más populares que la historia haya conocido por el simple hecho de que estalló en una época que, de suyo, negaba todo carácter popular a otros conflictos. Además, sin importar algunas incursiones de pillaje y ciertas guerras coloniales, los pueblos habían podido disfrutar de un periodo de paz relativamente prolongado. No obstante, como lo prometimos al principio de este ensayo, vamos a dejar de lado la descripción de este nivel elemental, que es donde se mezclan las pasiones salvajes y sublimes que animan a todo hombre y que siempre lo vuelven sensible a un llamado de guerra. Buscamos, por el contrario, desenredar la madeja de signos variados que anuncian y acompañan a este conflicto singular.

Frente a ciertos despliegues de fuerza de tal amplitud, que encuentran su expresión en gigantescos edificios como las pirámides y las catedrales o en las guerras que crisan hasta el último nervio vital –despliegue de fuerza cuyo signo distintivo es estar desprovisto de finalidad–, los análisis económicos, in-

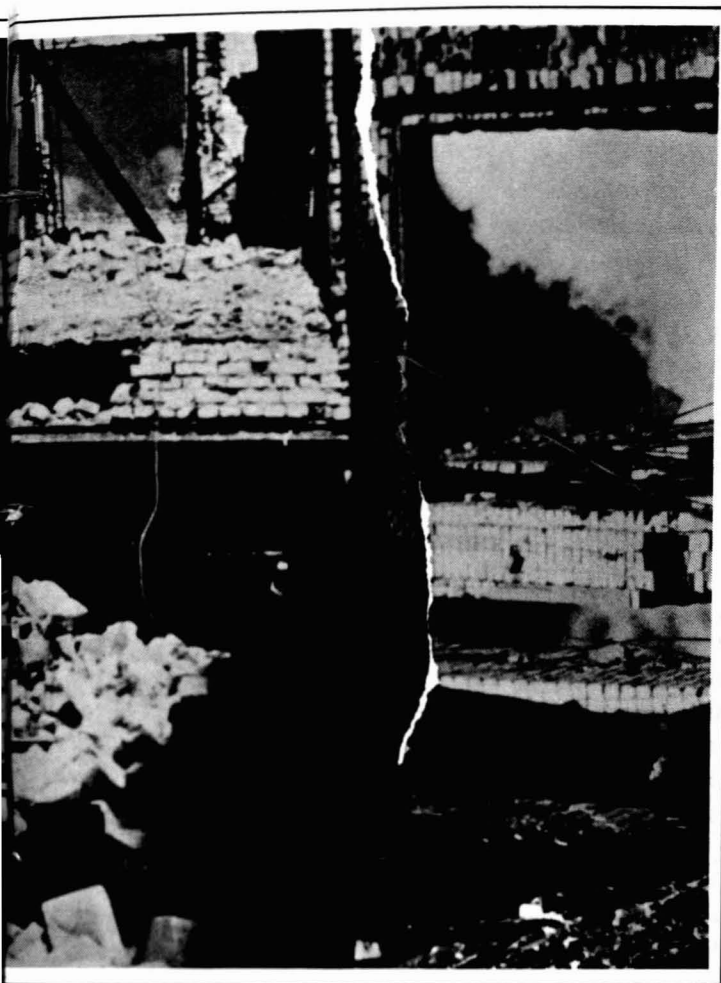


cluso los más penetrantes, resultan insuficientes. Es por eso mismo que la escuela del materialismo histórico solamente puede acercarse al proceso en sus aspectos más superficiales. Este tipo de despliegues de fuerza debe, por el contrario, llevarnos a suponer que estamos ante la presencia de un fenómeno de orden cultural.

Al decir que consideramos el progreso como la gran Iglesia popular del siglo XIX, indicamos el nivel al cual se orientaría el llamado de la movilización total con todas las posibilidades de ser atendido, y sin cuya ayuda sería imposible desarrollar en torno a las masas su carácter esencial, es decir, su naturaleza de *credo*. Las masas tenían menor posibilidad de sustraerse a esta solicitud, la que hacía un llamado a su convicción, que los grandes discursos que las ponían en movimiento con la expresión siempre más brutal de una directriz progresista. Cualquiera que haya podido ser la brutalidad y la tosquedad que comportaron esas palabras, su eficacia no tiene sombra de duda y recuerda, por los señuelos cambiantes de que se sirve, a los cazadores al acecho, pero trasladando la caza al campo de tiro de los fusiles.

En efecto, incluso una mirada superficial que quisiera emprender una distribución exclusivamente geográfica de los combatientes entre vencedores y vencidos, no puede evitar privilegiar a los países “desarrollados” –un privilegio que parece descansar en una especie de automatismo en el sentido de la teoría darwinista de la selección de los “más fuertes”. Este automatismo adquiere un sentido particularmente significa-

⁵ G. J. D. von Scharnhorst (1755-1813), oficial prusiano, reorganiza en 1808, junto con A. von Gneisenau, el ejército de Federico Guillermo II.



tivo: algunos países como la Unión Soviética e Italia, aunque forman parte de un clan victorioso, no han podido evitar una destrucción profunda de su estructura estatal. Bajo este ángulo, la guerra sirvió de piedra de toque confiable cuyo veredicto obedece a las leyes estrictas que le son propias: se diría que un movimiento telúrico puso a prueba los cimientos de todos los edificios.

Más allá se confirma que en una época en donde la fe se esfuma entre los derechos universales del hombre, las monarquías muestran signos de caducidad en virtud de los estragos de la guerra; las coronas alemana, prusiana, rusa, austriaca y turca mordieron el polvo, sin contar a otros pequeños reinos. El Estado donde subsiste una forma de vida casi medieval, como si fuera un fantasma —un poco como si se tratara de una isla que sobreviviera al ciclo de una era geológica—, Austria-Hungría, fue desmantelado como un inmueble afectado por una explosión. Por su parte, la última monarquía absoluta de Europa (en el sentido tradicional del término), la monarquía zarista, ha sucumbido a una guerra civil que, a manera de una epidemia largamente contenida, se manifiesta a través de horribles síntomas.

Por otro lado, nos sorprendemos ante la increíble fuerza inercial que sale al encuentro de la estructura del progreso, incluso en condiciones de gran pobreza material. Así, el aplastamiento de motines en 1917, que constituyó una amenaza de extrema gravedad para el ejército francés, representa un segundo milagro del Marne, un milagro moral, más sintomá-

tico de la naturaleza de esta guerra que el primero, puramente militar, de 1914. Por eso mismo, los Estados Unidos, regidos por una Constitución democrática, pudieron declarar la movilización tomando medidas cuyo rigor hubiera sido impensable en un Estado militar como Prusia, país con voto restringido. ¿Quién podría dudar que Estados Unidos sea el gran vencedor de este conflicto, en tanto este país carece de los “castillos en ruinas, las formaciones basálticas, las historias de fantasmas, de bandidos y de caballería”?⁶ En lo que concierne a Estados Unidos, importa poco que haya sido o no un Estado militar, ni tampoco interesa en qué medida lo fue; lo que es decisivo es qué tanto fue capaz para la movilización total.

Alemania necesariamente debía perder la guerra pues, aunque haya ganado la batalla del Marne y la guerra submarina, y a pesar de la seriedad con que fue preparada la movilización parcial, una gran parte de sus fuerzas se sustrajeron a la movilización total. También, y por la misma razón, la sola estructura de su equipo le permitía ciertamente afrontar una movilización parcial que la colocaba lejos de prever, soportar, y sobre todo lograr, un éxito total. Grabar este *éxito* en nuestras armas, en lo que no debería de haber consistido la preparación de otra derrota, es una tarea de no menor envergadura que la de Canaán o la consagrada por Schlieffen⁷ como el trabajo de su vida.

Antes de extraer otras conclusiones de esta idea, intentaremos examinar con mayor detalle la relación entre progreso y movilización total.

5

Quien intente aprehender la tonalidad abigarrada del progreso estará sin duda convencido de que el asesinato político perpetrado contra una personalidad principesca no podía llegar, en el siglo que siguió a la decapitación de Luis XVI, más que a un nivel de conciencia menos potente, menos profundamente enraizado en la fe que en las épocas en donde una Ravillac, o incluso un Damiens, considerados como criaturas infernales, fueron condenados a sufrir públicamente espantosas torturas. Hoy se percibe que un príncipe ocupa, en la escala de valores impuesta por el progreso, el rango de una persona que goza de un aura particular de simpatía.

Admitamos, por un instante, la grotesca idea de que estamos en la posición de un responsable de propaganda de un muy alto nivel, y que nos encontramos a punto de preparar una campaña de opinión para sostener una guerra moderna; supongamos que debemos elegir entre dos sucesos que tendríamos que explotar para desencadenar la primer ola de emoción, a saber: el asesinato de Sarajevo o la violación de la neutralidad belga. Sobra decir que la decisión que tomáramos sería para producir el mayor impacto posible. El pretexto superficial de la Guerra Mundial abriga un significado simbólico

⁶ En sentido figurado, es decir, a través de una metáfora geológica, el autor alude indirectamente a Norteamérica como un continente joven.

⁷ A. von Schlieffen (1833-1913), elabora el plan de invasión de Francia, tomado más tarde por von Moltke en 1914.

porque, y aquí poco importa la parte de azar que encierra, a través del asesinato de Sarajevo y de su víctima, el heredero del trono de los Habsburgo, se confrontan dos principios: el principio nacionalista y el principio dinástico —o, de otra manera, diríamos que el moderno “derecho a la autodeterminación de los pueblos” y el principio de la legitimidad, restaurado a duras penas en el Congreso de Viena por una vetusta diplomacia.

No es del todo malo ser, en el buen sentido del término, un no contemporáneo⁸, y buscar ejercer una influencia profunda con la finalidad de conservar lo que la tradición ha legado. Pero esto presupone una creencia. O si se desea definir la ideología propia de los Imperios centrales, forzosamente debemos reconocer que no son ni “contemporáneos” ni “no contemporáneos”, ni tampoco desfasados. Son a la vez contemporáneos y no contemporáneos, aunque de ello no puede resultar más que una mezcla de falso romanticismo y de liberalismo patituerto. Le extrañará al observador notar una preferencia por un fondo antiguo, por un estilo posromántico y propio especialmente de una ópera wagneriana. Fórmulas como las del sermón de los Nibelungos⁹, o ciertos atentados que estarían garantizados por la seguridad de un llamado a la guerra santa dentro del Islam, poseen ese mismo fondo. Bien entendido, aquí están en cuestión problemas técnicos y de organización, y eso quiere decir que hablamos de la manera en que se moviliza a la sustancia y no de la sustancia misma. Pero es precisamente en la inadecuación de esta ideología que se revelan los defectos de la relación de los grupos dirigentes, tanto con las masas como con los poderes más profundos.

Es así como esa frase célebre, tan genial como involuntaria, que califica a la Constitución belga como un trozo de “papel húmedo” tiene en su contra el haber sido pronunciada un siglo y medio tarde y el corresponder a una actitud que podía ser comprendida, a no dudarlo, por un romanticismo prusiano aunque no haya nada de prusiano en su fondo. Federico el Grande podría haberse permitido hablar así y, adoptando el espíritu del despotismo ilustrado, burlarse de las hojas amarillentas de ese pergamino. Pero Bethmann-Hollweg¹⁰ no podía ignorar que, en nuestros días, un trozo de papel como en el que figura una Constitución posee casi el mismo valor que el de una hostia bendita para un católico, y que él podría haber optado sin duda por el absolutismo de romper los tratados, pero la fuerza del liberalismo reside justamente en el hecho de prorrogarlos. Basta estudiar los intercambios diplo-

máticos que precedieron la entrada a la guerra de los Estados Unidos: giraban alrededor de una noción, el principio de una “libertad de los mares”, lo que ilustra muy bien en dónde se encontraba en ese momento el interés particular de una de las partes y que toma el rango de un postulado humanitario, convirtiéndose en una cuestión de orden general que concierne a la humanidad en su conjunto. La socialdemocracia, uno de los principios del progreso en Alemania, había tomado el aspecto dialéctico de esta tarea porque había identificado el sentido de la guerra con la destrucción del régimen antiprogresista del zarismo.

Pero eso no es nada en relación con los medios de que se disponía en el oeste (en América) para movilizar a las masas. No hay duda de que la *civilisation*¹¹ está ligada más estrechamente al progreso que la *kultur*; que sabe hablar su lengua natural en las ciudades sobre todo, y que entiende con nociones y métodos que nada tienen que ver con la cultura, y que, por lo mismo, se le oponen. La cultura no puede ser explotada con fines de propaganda y se mantiene ajena incluso a su utilización publicitaria —poco importa, en efecto, que aceptemos con indiferencia, o incluso con desgano, que las cabezas de los más grandes pensadores alemanes sean reproducidas en millones de ejemplares en los timbres postales o en los billetes de banco.

No tenemos de ninguna manera la intención de deplorar lo inevitable. Solamente confirmamos que Alemania jamás estuvo en condiciones, durante esta guerra, de corresponder de forma provechosa y pertinente al espíritu de la época, cualquiera que haya podido ser la manera que para ella hubiera revestido. Igualmente, es un hecho que Alemania no llegó jamás a convencer ni a su propia conciencia ni a la del mundo de la validez de un principio que fuera superior al de este espíritu de la época. Por el contrario, estábamos en vías de buscar, sea en un registro romántico e idealista o sea en uno racional y materialista, los símbolos y las imágenes que el combatiente desea portar en sus estandartes. La pertinencia de estos registros, tomados como préstamo por el genio alemán, tanto del pasado como de culturas extranjeras, no bastó para dar a esta movilización de los hombres y de las máquinas la credibilidad absoluta que era requerida para esta confrontación mundial.

He aquí una razón suplementaria que justifica más nuestra investigación: ¿cómo fue posible que esta impotencia de Alemania no haya disminuido la sustancia primera, la fuerza original del pueblo? La manera en que una juventud alemana ardiente, entusiasta y ávida —en los inicios de esta cruzada de la razón en la que el llamado a los pueblos se hace bajo la conducción de un dogma claro y persuasivo— transforma el llamado de las armas en una búsqueda de la muerte casi única, nos deja estupefactos en esta etapa de nuestra historia.

Si alguien hubiera interrogado a uno de estos jóvenes combatientes acerca de la razón por la cual iba al frente, seguramente habría sido imposible esperar una respuesta clara. Difícilmente habríamos entendido si el combate era contra la barbarie y contra la reacción, o por la civilización, o por

⁸ En alemán dice *unzeitgemäß*; se pueden recordar las *Unzeitgemässe Betrachtungen*, de Friedrich Nietzsche, es decir, las *Consideraciones Intempestivas* o inactuales, para comprender lo que E. Jünger quiere decir. En la misma época, E. Bloch desarrollaba por su parte, en una perspectiva a la vez marxista y utópica, el concepto de “no-contemporaneidad” (cfr. *Heritage de ce temps*, París, Payot, 1977, col. “Critique de la Politique”, trad. de J. Lacoste).

⁹ E. Jünger hace aquí alusión a la promesa hecha por Kriemhild, esposa de Sigfrido, de vengar el asesinato perpetrado contra él por los Burgondes.

¹⁰ T. von Bethmann-Hollweg (1856-1921), jefe de la cancillería del Imperio a partir de 1906. Precisamente porque era liberal en su política interior (instalación del sufragio universal en la Alsacia-Lorena) y exterior (se oponía a la guerra y tuvo que dimitir en 1917), Jünger lo toma como ejemplo: una vez violada la neutralidad belga, actuó demasiado tarde para intentar negociar una paz que mantuviera el *statu quo* de Alemania.

¹¹ En inglés en el texto original.



la liberación de Bélgica, o por la libertad de los mares –pero quizá habría respondido: “por Alemania”, que era el grito de los regimientos de voluntarios al emprender el ataque. No obstante, esta brasa extraña que crepitaba por una Alemania invisible e inexplicable, logró desencadenar una movilización que hizo estremecer a la gente en lo más profundo de ella misma. ¿Qué hubiera pasado si hubiese estado dotada de una orientación, de una conciencia y de una estructura?

6

La movilización total, en tanto medida decretada por el espíritu de organización, no es más que un indicio de esta movilización superior completada por la época a través de nosotros. Esta movilización posee su lógica propia; y si la lógica humana quiere conservar algo de su eficacia, es necesario que siga un curso paralelo.

Nada confirma mejor esta idea que la aparición, en el curso de la guerra, de fuerzas opuestas a la guerra misma. Sin embargo, estas fuerzas son tan aparentes que no se manifiestan en las potencias involucradas en el conflicto. La movilización total cambia de terreno pero no de sentido puesto que, en lugar de armas, pone en marcha a las masas y desata el proceso de una guerra civil. A partir de allí, la acción se desarrolla en dominios que escapan al orden de la movilización en virtud de que se sitúan fuera de la competencia estrictamente militar, como si las fuerzas que no pudieron ser requeridas por la gue-

rra reivindicaran su compromiso de sangre. Es decir, mientras la guerra pueda movilizar desde el principio, a profundidad y para ella sola la totalidad de las fuerzas disponibles, menos se cometerán errores o se dudará sobre la marcha a seguir.

Hemos visto que en Alemania el espíritu del progreso sólo había podido movilizar parcialmente, mientras que en Francia, por ejemplo, esta movilización fue completada bajo los mejores auspicios; es aquí donde encontramos un espléndido ejemplo, entre mil, en la figura de H. Barbusse. Ya que era un enemigo declarado de todo conflicto militar, él no vio otra posibilidad, para permanecer fiel a sus ideas, que aceptar de golpe este conflicto en particular y que para él representó una lucha del progreso, de la civilización, de la humanidad, e inclusive de la paz, contra el enemigo de todos estos valores: “Es necesario matar a la guerra en las entrañas de Alemania”¹².

Cualquiera que sea la complejidad de esta dialéctica en acción, su resultado es de naturaleza apremiante. Un hombre cuya inclinación guerrera casi ha desaparecido, está, sin embargo, lejos de rehusar el fusil que su país le ofrece porque no ve ninguna manera de escapar a esta obligación. Podemos verlo torturando su espíritu mientras monta guardia en este desierto infinito de trincheras, pero, en el momento indicado, saltará como cualquier otro de su trinchera e irá al ataque, atravesando la terrible barrera de artillería. A final de cuentas, ¿qué hay de sorprendente en esta actitud? H. Barbusse es un combatiente como los demás, un soldado de la humanidad¹³, que ha estado a tiempo de evitar los muros de artillería, el gas y la guillotina tanto como la Iglesia en ocultar su espada secular. Más aún, un H. Barbusse debía necesariamente vivir en Francia para encontrarse movilizado en esa medida.

En Alemania, personas como H. Barbusse tuvieron que encarar una situación más difícil. No hubo más que algunos intelectuales aislados quienes, desde el inicio del conflicto, adoptaron un ámbito neutral y decidieron sabotear abiertamente la conducción de la guerra. La inmensa mayoría procuró integrarse a los cuadros del ejército. Acabamos de citar el ejemplo de la socialdemocracia alemana, pero dejamos de lado que, a pesar de sus principios internacionalistas, se componía de obreros alemanes y se arriesgaba a ser tocada por un hálito de heroísmo; llegó incluso a integrar una revisión en su ideología que más tarde le fue reprochada como si se tratara de una “traición al marxismo”. Podemos seguir con detalle este cambio en el discurso que el jefe de la socialdemocracia, Ludwing Frank¹⁴, hace siendo diputado en el *Reichstag* durante el periodo crítico de los prolegómenos del conflicto: “Nosotros, camaradas sin patria, sabemos, incluso si nos tratan como hijastros, que somos no obstante hijos de Alemania, y que debemos combatir por nuestra patria contra la reac-

¹² No es inútil recordar que H. Barbusse, voluntario comprometido aunque pacifista, obtiene en 1917 el premio Goncourt (*El Fuego*, París, 1916); funda, junto con Romain Rolland, el grupo *Clarté*; milita desde 1920 en el comunismo (*Stalin*, 1935), y muere en la Rusia soviética.

¹³ En el sentido moral del término (*die Humanität*) y no genérico, *die Menschheit*, que designa a la especie humana.

¹⁴ L. Frank, enrolado voluntariamente, muere de un tiro en la cabeza en septiembre de 1914, durante un enfrentamiento cerca de Noissoncourt. El discurso citado es del 29 de agosto de 1914.

ción. Una vez que se declara la guerra, los soldados socialdemócratas también cumplen concienzudamente su deber". Esta significativa frase ya contiene el germen y guarda los dos aspectos del conflicto, guerra y revolución, de los que iba a depender el destino de la historia.

La aparición de diarios y de revistas progresistas durante los años de guerra ofrece multitud de pequeñas informaciones para quien desee estudiar con detalle esta dialéctica. Así, por ejemplo, Maximilian Harden, redactor en jefe de *Zukunft*, y acaso uno de los periodistas más conocidos de la época guillermina, comienza por alinear su actividad pública sobre los objetivos del Estado mayor general. Una sola nota a este respecto, porque resulta sumamente reveladora: supo ser tan buen intérprete del radicalismo beligerante como del extremismo revolucionario. Por eso, un órgano de prensa como *Simplizissimus*, que había hecho reír atacando con su humor corrosivo los aspectos absurdos de todas las conflagraciones, sin que tampoco se salvara el ejército, adopta súbitamente una posición chauvinista. Se puede también notar que la calidad de este periódico disminuyó en la misma medida en que el fervor patriótico ocupaba mayor espacio, es decir, en la misma medida en que abandona el terreno que le había proporcionado su fuerza.

Esta divergencia íntima, que aquí juega un papel determinante, se revela de manera más patente a través de la personalidad de W. Rathenau¹⁵, lo que le confiere a esta figura, para quienes se esfuerzan en hacerle justicia, una dimensión trágica. Rathenau, quien fue movilizado, desempeñando un papel decisivo en la organización del complejo logístico, y que, poco antes de la derrota, todavía manejaba la idea del "levantamiento en masa", pronuncia poco tiempo después, sin embargo, la conocida fórmula según la cual la historia del mundo habría perdido su sentido en el momento en que los representantes del *Reich* hubieran atravesado como vencedores la puerta de Brandenburgo, en la capital. ¿Cómo es posible tal aserto? Es claro que una movilización (parcial) puede, en una persona, estimular sus capacidades de orden técnico, sin que ello quiera decir que esté en posibilidad de albergar convicciones profundas.

7

El júbilo que el ejército y el secreto Estado mayor del progreso reservaron para Alemania en la derrota —mientras que los últimos combatientes yacían frente al enemigo— recuerda a las festividades que rodean a un triunfo. Fue el mejor aliado de las fuerzas de la *Entente*, cuyos ejércitos debían más bien atravesar el Rhin, y ese fue su caballo de Troya. La escasa resistencia opuesta por las autoridades, y que hizo también que cedieran precipitadamente sus puestos, indica hasta qué punto el nuevo espíritu era admitido. Ninguna diferencia esencial separaba a las partes en conflicto.

Pero esa también es la razón por la cual la revolución que

¹⁵ Walter Rathenau (1867-1922) se ocupa de la organización de la economía de guerra de Alemania a partir de 1915. En 1922 firma el Tratado de Rapallo en su calidad de ministro de Asuntos Exteriores de la República de Wimar, y fue asesinado poco después por dos militantes nacionalistas.

tuvo lugar en Alemania no revistió una forma benigna. De esta manera, los ministros socialdemócratas pudieron proclamar, hasta el último momento, la idea de mantener a la Corona imperial. Pero, ¿qué sentido podría haber tenido tal decisión, sino el de ser una medida simplemente formal? Después de mucho tiempo, el inmueble estaba tan gravado de hipotecas progresistas, que no podía existir ninguna duda en cuanto a la verdadera identidad del propietario.

El hecho de que las autoridades mismas hayan preparado la mutación política, no constituye la única razón por la cual este trastorno no revistió, en Alemania, un carácter subversivo como en Rusia, por ejemplo. Hemos explicado que una gran parte de las fuerzas progresistas había sido movilizada por la guerra, y que un gasto de energía que emanaba así no podía reinvertirse en la lucha interior. Podemos dar a esto una formulación más personal: existe una diferencia entre el acceso de un viejo ministro al puesto de mando y el hecho de que una aristocracia revolucionaria, que se constituyó durante el exilio siberiano, tome el poder.

Alemania perdió la guerra al consolidar sus fronteras en el oeste y progresar hacia la civilización, la libertad y la paz en el sentido que H. Barbusse dio a estas palabras. Además, ¿se podía esperar otra cosa si Alemania se jactaba de respetar los mismos valores y jamás se atrevió a llevar el combate fuera del "muro que ciñe a Europa"? Ello hubiera exigido que explotáramos más profundamente nuestros propios valores, que tuviéramos otros aliados y otras ideas. Valorar nuestra propia sustancia sólo habría sido posible si esta movilización se hubiera producido con y mediante un optimismo como el progresista, del que Rusia constituye un ejemplo.

8

Consideremos al mundo tal y como salió de la catástrofe. ¡Qué unidad en la acción! ¡Qué rigor en la lógica de la historia! El éxito no habría sido más claro si hubieran coincidido en un punto todas las formaciones intelectuales y todas las realizaciones materiales que desbordaron el siglo XIX y, una vez ante nosotros, las aniquiláramos con toda la potencia de fuego de la que actualmente disponemos.

El viejo repique del Kremlin juega después el papel de la "Internacional"; en Constantinopla, los estudiantes no aprenden a descifrar la antigua escritura del Corán sino los caracteres latinos; en Nápoles y en Palermo, los policías fascistas son los que regulan el tumulto de la vida mediterránea según los principios de un moderno código de viaje. En los países más alejados, y aun en los más legendarios, se inauguran los edificios que albergarán a los Parlamentos. Sin discontinuidad, la abstracción y la crueldad se acentúan en todas las relaciones humanas. Al patriotismo lo sustituye un nacionalismo nuevo que se impone por la fuerza, gracias a nociones que están presentes en la conciencia de la gente. El fascismo, el bolchevismo, el americanismo, el sionismo, los movimientos de emancipación de los pueblos de color, son adelantos del progreso que antes hubieran sido impensables. El progreso se desnaturaliza con la finalidad de perseguir su movimiento a un nivel demasiado elemental, después de una espiral completada por una dialéctica artificial; comienza a dominar a los



pueblos bajo formas que no se pueden distinguir ya de las de un régimen totalitario, y eso sin aludir al nivel tan precario de confort y de libertad que ofrece. Por aquí y por allá, la máscara del humanitarismo, por así decirlo, se ha caído, y vemos aparecer un fetichismo de la máquina, mitad grotesco y mitad bárbaro; un culto ingenuo por la técnica precisamente allí donde no existe ninguna posibilidad de movilizar directamente y de manera productiva el potencial de energía de los cañones de largo alcance y los bombarderos, que constituyen, así sea solamente en la vertiente militar, el triunfo destructor. Simultáneamente, a las masas se les confiere una importancia creciente; la proporción de su asentimiento y el grado de la "publicidad"¹⁶ se convierten en factores políticos decisivos. Para reducir lo que queda del viejo mundo —que termina por triturarse a sí mismo—, el progreso utiliza dos ideologías, dos piedras para moler: el socialismo y el nacionalismo. Después de más de un siglo, la "derecha" y la "izquierda" se disputan, como si fuera un balón, la adhesión de las masas engegucidas por el señuelo de su derecho al voto, y parece como si una parte de la pareja ofreciera un recurso de cara a las exigencias del otro. En nuestros días y en todos los países su identidad se revela siempre más claramente; desapareció incluso el sueño de la libertad como si hubiera sido estrangulado por unas fauces de acero. Espectáculo grandioso y terrible el de las masas siempre más homologadas, y a cuyos movimientos

¹⁶ En alemán, *Öffentlichkeit* significa a la vez lo público y el carácter público de una cosa; su sentido es más cercano a lo que se conoce como "publicidad de los debates" que a la publicidad moderna (en alemán *Die Werbung*); cfr. a propósito de esta problemática, de la que Jünger tiene aquí una intuición: J. Habermas, *L'Espace public*, París, Payot, 1978 (col. "Critique de la Politique"; trad. M. B. de Launay).

la historia del mundo tiende su red. Cada uno de sus gestos sólo contribuye a aprisionar más estrecha y despiadadamente. Algunas formas de constreñimiento que entran ahora en juego son más potentes que la tortura, y su potencia es tal que los hombres les reservan una acogida entusiasta. El sufrimiento y la muerte están al acecho detrás de cada escapatoria que tome a la bondad por símbolo. ¡Bien por aquel que invada esos espacios armado!

9

A través de las grietas y de las juntas de esta torre babilónica, nuestra mirada descubre desde ahora un mundo apocalíptico cuya visión helaría el corazón más intrépido. Pronto, la era del progreso nos parecerá tan enigmática como los secretos que guarda una dinastía egipcia, a pesar de que el mundo haya estado de acuerdo en su tiempo, así sea por un instante, en que este triunfo tenía la aureola de eternidad de la victoria. Con puños violentos, y más amenazantes que Aníbal, la embriaguez de los ejércitos habrá destrozado las puertas de las grandes ciudades y sus derruidas fortificaciones.

Esa guerra, en la profundidad de su cráter, tenía un sentido que ningún prodigio de elucidación habría llegado a dominar. Se acerca al entusiasmo de los voluntarios, en donde resonaba potentemente la voz del *Dämon* alemán, que es donde se aliaba el gusto por los valores antiguos y el deseo inconsciente de una vida nueva. ¿Quién hubiera pensado que los hijos de una raza materialista saludarían a la muerte con tanto fervor? Ese fue el anuncio de una época rica y abundante, que ignora la salvación de los indigentes. Al igual que el resultado de una vida bien llevada consiste en llegar a su naturaleza auténtica y profunda, para nosotros el resultado de esta guerra ha sido el acceso a una Alemania más honda. El que sea así viene a confirmar la inquietud actual, pues se trata precisamente de una raza nueva cuyos deseos sobrepasan las ideas presentes y no se satisface con ninguna imagen del pasado. Reina aquí una fecunda anarquía que tiene por origen los elementos de la tierra y del fuego, y lleva consigo un germen de dominación de un género nuevo. Se anuncia una forma novedosa de organización que se dedica a forjar armas cuyo bronce, más puro, más sólido, será probado en no importa qué adversidad.

El alemán hizo la guerra con la ambición, en sí un poco modesta, de convertirse en un buen europeo. Pero en la medida en que era una Europa la que luchaba contra la otra Europa ¿quién, si no la Europa misma, podría salir vencedora del conflicto? Y, no obstante, esta Europa, cuya superficie cubre después a casi todo el planeta, se ha vuelto muy frágil hasta el punto de ser casi un barniz: su extensión espacial tiene por corolario la ruina de su fuerza persuasiva. Pero hay fuerzas nuevas que surgirán a partir de ella.

En un nivel más profundo, en donde no operan los dominios en que se aplica esta dialéctica de las finalidades de la guerra, Alemania ha reencontrado una fuerza más densa: ella misma. Así, esta guerra fue también, y esto sobre todo, la oportunidad para que se realizara. Por eso, el nuevo armamentismo que después de largo tiempo se nos impone implica una movilización de todo lo alemán y no otra cosa.◊